CAPÍTULO XCVII. *De las entradas y retiradas que en Mexico hacía Fernando Cortés; y que se resolvió de asolar la ciudad*

IENTRAS PEOR IBA A LOS MEXICANOS, tanto más porfiaban y crecía su rabia, de tal suerte que las mujeres viejas barrían la tierra y polvo de las azuteas y lo echaban sobre los castellanos para cegarlos; los muchachos se atrevían a tirar piedras y varas, diciendo las injurias que oían a sus padres. Los mexicanos tuvieron gran cuenta con Rodrigo de Castañeda, que fue uno de los que aprendieron bien la lengua mexicana y en el orgullo parecía a Xicotencatl; y traía un plumaje, a manera de los indios. Decíanle muchas palabras afrentosas, llamábanle Xicotencatl; reíase, decíales gracias y de esta manera los aseguraba y de cuando en cuando encaraba su ballesta sin errar tiro y así mató muchos, hasta que le conocieron y se apartaron de el, llamándole bellaco, burlador, que los mataba con burlas y no como valeroso sin engaño ni traición. Los mancos y los cojos y los que no podían andar por las azuteas, aderezaban piedras para tirar con las hondas, no dejando nadie, de cuantos había, que no se ocupase en algo para la defensa. Estimaban en mucho a Christóbal de Olid, como a hombre muy valiente; llamáronle por su nombre; dijéronle que si quería comer, dijo que sí. Bajó un mexicano con tortillas y cerezas, dando a entender que no les faltaba comida; diolas a un criado, el cual, burlándose de el presente, sentóse adonde le pareció que no podía ser ofendido; hizo que comía de el presente; levantóse luego, mostrándoles la espalda, encorvándose; ofendiéronse tanto de ello que llovían piedras y varas. Volvióse a pelear bravamente y los mexicanos abrieron muchas puentes y las cubrieron con palos y paja para que cayesen los castellanos. Iba con la bandera en la mano el alférez Christóbal de Corral; cayó, cargaron sobre él y con una daga mató a los primeros que llegaron; dio un salto atrás y salió a la calzada y avisó a todos que no pasasen, quedando espantados los mexicanos de tal cosa, diciendo que estimaran en más tomar la bandera que a él; porque, como ellos desmayan, en faltando su bandera, pensaban que así había de acontecer a los cristianos. Habíanse metido los castellanos, tan inconsideramente en los enemigos, que cargando por diversas bocas de calles infinitos, se metieron entre ellos y volvieron huyendo, mezclados unos con otros. Beatriz Bermúdez de Velasco, mujer de Francisco de Olmos, armado el cuerpo con un ychcahuipile, con celada y espada y rodela, salió a la calzada, gritando: vergüenza, castellanos, volved contra gente tan vil y si no queréis, no pasará hombre de aquí, que no le mate. Fue tan grande la vergüenza, que revolviendo sobre los mexicanos se peleó reciamente y se hubo victoria. Viendo Fernando Cortés lo mucho que los mexicanos se le defendían y que aquel cerco duraba tanto, de acuerdo con todos los capitanes determinó de acometer la ciudad por diversas partes, pareciendo que por alguna se hallaría algún portillo por donde entrar y acabar la guerra. Diose la

señal y embistieron y hallaron más resistencia de la que pensaban; y aunque este día pelearon todos valerosamente y hicieron hazañas singulares, señalándose muchos por el valor y multitud de los enemigos, dejándolos con mucho daño, se hubieron de retirar sin conseguir lo que pensaban.

Volvió otro día Fernando Cortés con todas las fuerzas repartidas en dos partes. Llevó consigo a Christóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval, Andrés de Tapia, Alonso Dávila y otros capitanes; y con Pedro de Alvarado, que llevaba el otro ejército, ordenó que fuesen Jorge de Alvarado, Pedro de Ircio y otros. Comenzóse el acometimiento, hundíase la ciudad de voces; defendíanse los indios de las torres y de los tablados, como si entonces comenzaran a pelear. Los castellanos, por acabar la guerra, se ponían en grandes peligros. Los mexicanos holgaban de morir por defenderse. Hubo este día cosas señaladas y muy peligrosas; aventajáronse mucho Pedro de Ircio y Gonzalo de Sandoval; y si Christóbal de Olid y Martín de Gamboa no socorrieran a Cortés, que con ímpetu había embestido a los enemigos, se le llevaran los indios, porque más de ciento le tenían ya cercado. Alonso Nortes, soldado de un bergantín, le defendió gran rato, habiendo la gente salido a tierra, hasta que los indios amigos le ayudaron; y muchos le dijeron, que pues conocía el daño que se había de seguir de su falta, que no se pusiese en tales riesgos, ni las cosas de la jornada en contingencia, pues conocía las cosas de la guerra. Y estando Alonso Nortes con siete heridas y una mortal fue a socorrer a otro y cayó en el agua y asormegió, porque era gran nadador y se escapó de infinitas canoas. Otro soldado, dicho Andrés Núñez, socorrió con su bergantín a dos bergantines que iban de vencida y salvó algunos castellanos, especialmente a Castillo y a Domingo García; y volviendo el capitán del bergantín que había salido a tierra, no le quiso recibir en él, diciendo que había perdido el derecho de capitán, pues no se quiso hallar en el peligro; que él había salvado el bergantín y que él era el capitán. Y Fernando Cortés, sabido el caso, lo tuvo por bien, juzgando que Andrés Núñez tenía razón y que el bergantín justamente se podía dar por perdido; y aunque fue rogado que restituyese el bergantín a su capitán, dijo que estaba obligado a la igualdad de la justicia con todos. Y el mismo Andrés Núñez, en otra refriega, con su bergantín, desbarató más de tres mil indios y fue gran parte para que se ganase la ciudad más presto. Montaño, alférez de Pedro de Alvarado, subió con la bandera a una torre muy alta y la ganó, con muerte de muchos indios.

Viendo Cortés que aunque aquel día había muerto muchos indios, que según afirmaban fueron veinte mil y había entrado muy adentro de la ciudad, no se acababa la guerra, por haber perdido algunos castellanos y indios y estar muchos heridos, de los unos y de los otros, acordó de retirarse con mucha orden, porque ésta era la ocasión en que más le cargaban los enemigos. Aconteció que hallando Pedro de Ircio atravesado un bergantín en una puente, se metió en el agua; y aunque muy herido y cansado pasó al hombro el bergantín, con el ayuda de otros y le sacó en peso hasta ponerle de la otra parte de la puente, sin salir del agua, aunque los enemigos le fatigaban mucho, hasta que todo estuvo en salvo. De esta vez, con pa-

recer de los capitanes castellanos y tlaxcaltecas, se determinó Fernando Cortés de no ganar puente sin derribar primero las casas cercanas, porque de ellas no le pudiesen ofender.

Llegó a esta sazón un navío a la Villa Rica, que dicen era de Juan Ponce, que con dos había ido a la Florida y venía bien bastecido con pólvora, ballestas y otras municiones, de que Cortés tenía gran necesidad, por lo cual dio gracias a Dios, pareciéndole que en todo le favorecía con su asistencia y ordenó que con la brevedad posible se le llevase. Determinado, pues, de derribar las casas, cabe las puentes, pareció que convenía tomar el negocio más de propósito, derribando todas las de la ciudad que pareciese ser necesario, cegando las acequias y arroyos, con la ruina de ellas. Visto que aquella generación estaba tan endurecida, que ni las muchas muertes, mucha hambre y otras malas venturas que padecía, no las ablandaba para abrazar la paz, que tantas veces se les había ofrecido, comunicólo a los capitanes castellanos y a los tlaxcaltecas y de otras naciones; y pareciendo a todos que era buen expediente para acabar aquella empresa, les pidió que enviasen a sus tierras por azadoneros que se ocupasen en el desmantelar, por no meter en ello a los que habían de pelear. Y entre tanto que se hacía esta provisión, pensando los indios enemigos que los castellanos reposaban, para acometer con mayores fuerzas, también hacían nuevos reparos. Llegada la ocasión, los ejércitos entraron en la ciudad y llegando Cortés a combatir una gran puente muy fortificada, que estaba a la entrada de la plaza, dijeron los mexicanos que querían paz; y dando intención de llamar a Quauhtemoc, para tratarla, después de un rato tiraron piedras, varas y dispararon muchos arcos; y conociendo la burla se apretó con ellos, ganóseles el fuerte; entróse en la plaza; hallóse sembrada de muchas piedras, porque no pudiesen correr los caballos y una calle atajada de piedra seca y otra llena de ella. Cegóse este día toda la calle del agua que salía a la plaza, de manera que nunca más los mexicanos la pudieron abrir; y lo mismo se hizo de otras. Derribabánse casas y de esta manera se iba con más seguridad; y como este día llevaba Cortés más de ciento y cincuenta mil hombres sin los gastadores y los bergantines habían hecho la guerra, ya pareció principio de irse acabando.